

LA COMPRESION COMO FICCION

La contradicción es la condición cognoscitiva de Ernesto Sábato. El se figura —imagina— a la realidad para poder describirla mejor; y, al describirla, comprenderla. Sin embargo, la comprensión, en el escritor argentino, no es un entendimiento, un acto concertador de posturas discráticas, que minan en lo profundo las certidumbres, los estatutos del saber y las convenciones del actuar. La comprensión permanece siendo un estadio interlocutorio, empujado hasta la contradicción, con el propósito de recuperarlo precisamente en su extrema introducibilidad. Los personajes de su narración, en efecto, parece que se confabulan alternativamente con una especie de espíritu del mal y espíritu del bien sin someterse a una opción: se quedan como congelados en una empresa aparentemente falta de sentido. Parece que están oprimidos por una lenta oscilación que descompagina las creencias, las convicciones para aficionarse por fin a una de ellas, alternativa a todas las demás, pero tal que puede compenetrarlas.

Los personajes de la narrativa de Sábato tienen una relación o bien científica o bien misteriosófica con su autor. A diferencia de los personajes de los demás escritores, los de Sábato representan una por una sus pesadillas o sus fantasmas. Su dominio es dulce y cuenta por imágenes; su despreocupada observancia de las reglas del juego —del sentido común— los confirma como respetuosos de un acuerdo que parece haberse estipulado en otro lugar, en el mundo platónico, en la insatisfacción colectiva, en la compuesta realidad argentina, inocente y pecaminosa como todas las realidades fascinadas por una Atlántida dispersada e incompleta, que se hubiera podido realizar de haberse los personajes mantenido fieles al compromiso tomado cuando de la Tierra subieron al Edén. Sábato, como Julio Cortázar, está afligido por el fracaso de esta empresa ascensional, que los hombres hubieran podido realizar en Argentina de haber medido, como en el mito de la cueva de Platón, las sombras y tenido la constancia de anhelar la luz. Como el de Cortázar, el mundo de Sábato es

alusivo, mimético, multifacético: Argentina representa el nudo corrido de la salvación o de la perdición) Todo, en la obra de Sábato, concurre a obnubilar los intelectos, incluso el bien: lo imprevisible del acaecer es connatural en los acontecimientos, ficciones, onomatopéyas de los verdaderos sucesos que se ocultan en las cosas y que los personajes persiguen y registran en todas partes, en los espacios mentales, en las libres reconstrucciones que hacen en París de Buenos Aires o en Buenos Aires de París. Falta en la geografía del escritor argentino —como ocurre con los verdaderos escritores argentinos— un sentimiento o una latencia de nacionalismo. (El mundo como escenario, como circuito de ideas y de fantasmas, parece encontrar un intercambio, un bivio en la fantasía del argentino. Sus atributos conceptuales, sus aparentes o reales desconciertos mentales, la melancolía, la presunción de entender el mundo y la incoherencia en actuar para alcanzar una apreciable meta son factores relativos, faltos de inspiración, carga, significado: se doblan sobre sí mismos como interrogantes retóricos y desafían la consecuencialidad y la coherencia del gran concierto intelectual.

La Argentina literaria de Sábato es —podría decirse— una hemisférica dolencia, no una enfermedad endémica de la cultura europea y quizá una iniciación a la cultura americana. La estructura es tensa, insensible a cualquier concesión modal —como declara el escritor en *Abaddón, el exterminador* (1)— a todo hallazgo estratégico dirigido a prender la atención del lector más por las anomalías que por las normalidades. El escritor argentino piensa el mundo, medita sobre el mundo; está tan cogido por la intención de arriesgar, de hipotetizar un tipo de existencia inexistente, que no concede nada —o muy poco— a las modas, a los hallazgos formales. Sábato admite, con una pizca de polémica, que el conjunto de la obra de un escritor ya en sí contiene un estilo y, por consiguiente, una revolución formal. Pero la revolución formal involuntaria es síntoma de cansancio imaginativo, de flaqueza cognoscitiva, de pereza pura y simple. La obra condensa los humores, las atmósferas de un universo mental que envuelve al lector, le habilita para un ejercicio mental que es difícil de alcanzar con los instrumentos artificiales de los ideólogos de las estructuras y de los mecanismos predispuestos para la expresión y, por consiguiente, para la comunicación. Dios creó el mundo y lo llenó de signos, de la mimesis de otros mundos que el hombre puede (re) construir. El desafío de la inteligencia humana radica en el recorrido imaginario que el hombre puede hacer de la mecánica inventada por

(1) Trad. it.: *L'angelo degli abissi*, Rizzoli, Milán, 1979.